

COMEDIA FAMOSA.

HOMBRE POBRE

TODO ES TRAZAS.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Diego Osorio.

Don Juan.

Don Felix.

Leonelo.

Rodrigo, Criado.

Doña Beatriz.

Doña Clara.

Inés, Criada.

Isabel, Criada.

Un Alguacil.

JORNADA PRIMERA.

*Salen Don Diego, y Rodrigo en traje de color.***Dieg.** **T**U seas tan bien venido,
como has sido deseado.**Rod.** Tu seas tan bien hallado,
como bien buscado has sido;
que ha tres horas que llegué,
y tres mil que ando buscando
esta posada. **Dieg.** Pues quando
te escribí, no te avisé
de la calle? **Rod.** Lindo talle;
en Madrid no es cosa llana,
señor, que de hoy à mañana
suele perderse una calle?Porque segun cada dia
se hacen nuevas, imagino
que desconoce un vecino
hoy adonde ayer vivia.**Y** dado caso que hallé
la calle, qué me importó,
si en tu misma casapor ti mismo pregunté,
y me dixerón, que allí
no estaba tal Caballero?Adonde mas confidero
la confusion que hay aquí,
pues la huespeda ignoraba
quien en su casa vivia,
la criada à quien servia,

y el huesped quien le pagaba.

Dieg. Aquí à qualquiera condena
el ignorar lo que pasa
dentro de su misma casa,
y saber lo de la agena,
fuera de que causa ha habido
para que desconociesen
mi nombre, y no respondiesen
à tu pregunta.**Rod.** Y qué ha sido?**Dieg.** No has visto en una Comedia
verse dos, y en dos razones
hacerse mil relaciones
de su gusto, y su tragedia?
Pues imitemos aquí
su estilo, que en esta parte
tengo mucho que contarte.**Rod.** Pues yo empiezo, escucha. **Dieg.** **Di.****Rod.** Despues que por Doña Ulana,
aquella doncella bella,
aunque aquesto de doncella
se escucha de mala gana,
tu amante fiatería,
de necias finezas llena,
fué de noche una alma en pena,
y un cuerpo en gloria de dia.
Despues que por los crueles

Hombre pobre todo es trazas.

zelos, de unas cuchilladas
fuimos danzantes de espadas,
y baylantes de broqueles.
Despues en fin que resiste
con tanto brio, y destreza,
que à Don Juan en la cabeza
una cuchillada diste,
tal, que si no hubiera hallado
un hombre que le curó
por ensalmo, pienso yo
que antes hubiera sanado:
te ausentaste de Granada,
donde me quedé aquel dia,
para que fuese tu espia,
mal perdida, y bien ganada.
Veniste à la Corte, donde
seguro, señor, estás
de que te busquen, pues mas
esta confusion esconde
à un delinquente, que el miedo
de Embaxador reservado,
ò el respeto del sagrado.
Yo, pues, que en Granada quedo,
viendo que Don Juan está
mejor, porque ha declarado
un Cirujano pagado,
que está sin peligro ya;
vengo à buscarte, con nuevas
de que tu padre está bueno,
aunque de colera lleno;
y para que mas me debas,
esta traigo en conclusion,
y pienso que hay, señor mio,
capitulo de ahí envío:
aquesta es mi relacion.

Dieg. Despues que por la pendencia
que refieres, yo salí
de Granada, y vine à ver
la gran Villa de Madrid;
esta nueva Babilonia,
donde verás confundir
en variedades, y lenguas
el ingenio mas sutil:
Esta esfera soberana,
trono, dosel, y zenit
de un Sol Español, que viva
eternos siglos feliz.
Despues que ciego admiré,
despues que admirado ví
todo el mundo en breve mapa,

rasgos de mejor buril;
porque en sus hermosas Damas
confederé, y advertí
el ingenio en el hablar,
el aseó en el vestir:
de sus nobles Cortesanos,
de quien tambien recibí
mil honras, ingenio, gala,
valor, y cordura. En fin,
despues que à Madrid llegué,
y despues que ví en Madrid
Damas, y Galanes, oye
lo que ha pasado por mi.
Traxe, Rodrigo, una carta
de mi padre à un Don Luis
de Toledo, amigo suyo;
y visitandole aquí
para entregarle la carta,
en su casa un Cielo ví,
que Cielo era el que incluía
tan hermoso Serafin;
y aun él era el Cielo mismo,
pues si has oído decir,
que es pequeño mundo el hombre,
yo pienso que será así
la muger pequeño Cielo,
quando llega à competir
con verdadera hermosura
la aparente del zafir.
Dexo à parte locuciones
Poeticas, aunque aquí
pudiera decir, que fue
su cabello oro de Ofir,
su frente campo de nieve,
sus cejas sobre marfil
linea de ébano; y mezclando
roxo, y candido matiz
sus mejillas, rosa helada
en los campos del Abril,
su boca joya de perlas,
guarnecida de rubis,
su aliento el aura, por quien
Flora respira anibar gris;
sus manos dos azucenas,
ù dos ramos de jazmin,
que en partidas hojas hacen
una blanca flor de lis.
Nada desto digo, aunque
todo lo puedo decir;
pues demas de ser hermosa,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

lo que me parece à mi mejor, es tener de renta largamente doce mil ducados; esta hermosura enamoro tan feliz, que escuché alguna fineza, y algun favor merecí. Haz aquí un punto, y pasemos à otro suceso: yo ví que en la Corte era muy facil que me pudiesen seguir mas por la patria, y el nombre, que por las señas; y así, previniendo aqueste daño, todo lo quise encubrir: callé el nombre de Don Diego Osorio, y llaméme aquí Don Dionis Vela, un Soldado, que en el Flamenco pais sirvió al Rey; por esta causa no te dixeron de mi en la posada: con esto pude libre discurrir la Corte, y así à qualquiera conversacion acudí, donde liberal, cortés, y afable gané, y perdí; perdí el dinero, y gané amigos, caudal en fin el mejor: con uno, pues, à quien yo me descubrí, por tener satisfaccion, una hermosa noche fui à visitar una Dama, tan bella, ayrosa, y gentil, que aquí viniera bien quanto dixé, que no dixé allí: es de las que discretean, Dama critica, y sutil, hace versos, canta, juega, con que acabo de decir que es pobre, porque à estas gracias no se les sigue un quattrin. Desta estoy enamorado; de fuerte, que hoy ves en mí dos nombres, y dos amores, porque no pude fingir el propio con Doña Clara, que este es el nombre feliz de la Dama del dinero;

pero con Doña Beatriz de Cordoba, que es la otra, soy Capitan, porque así atento al provecho, y gusto, que se me pueden seguir, soy Don Diego con la una, con la otra Don Dionis: desta manera me hallas, no será trato ruin, que yo engañe à dos, si una fuele engañar à dos mil.

Rod. Suele decirse de aquellos que muy poco han estudiado, que en Salamanca han entrado, mas no Salamanca en ellos: yo digo al reves aquí, pues si engañar es tu norte, tu no has entrado en la Corte, mas la Corte ha entrado en ti, suceso notable ha sido, que un hombre pobre haya estado de ninguna enamorado, y de dos favorecido tan presto. Dieg. Si yo quisiera bien, Rodrigo, si yo amara, ni mi pena se estimara, ni mi amor se agradeciera: finjo, engaño, y es forzoso tener dicha semejante, porque ya el mas firme amante es el menos venturoso: sí bien, no porque me ves con uno, y otro favor dexo de tener amor, porque Beatriz bella es à quien estimo, y adoro, que esta traza me asegura hoy de Beatriz la hermosura, mañana de Clara el oro: ahora el pliego abriré de mi padre, carta tiene Don Luis, y una letra viene aquí. Rod. Guardate, y veré de quanto. Dieg. En sucesos tales, no acudirá à mis cuidados menos, que con mil ducados.

Rod. Pues son quatrocientos reales.

Dieg. Qué dices?

Rod. Pues no son hartos para quien somos los dos?

Hombre pobre todo es trazas.

y aun no son tantos por Dios.

Dieg. Cómo? *Rod.* Como son en quartos.

Dieg. Qué esto mi padre me envie quando yo à la Corte vengo!

Sin los que debo, no tengo para gastar en un dia.

Lec. Hijo, yo no tengo hacienda para sustentar vuestras travesuras, y bellaquerias; ahí va una letra de 400. reales, mirad como gastais, que quizá no podré enviaros otra. En la Corte estais, dad alguna traza de vivir honradamente, y ved que el pobre todo es trazas.

Vive Dios.

Sale Don Juan.

Juan. Pues Don Dionis, qué pesadumbre teneis, que tan grande estremo haceis?

Dieg. A tiempo, Don Juan, venis, que me hallaréis muy mohino.

Juan. Con quien?

Dieg. Con ese criado, que de Granada ha llegado: con una letra se vino de solos quatro mil reales.

Rod. Pluguiera à Dios: tengo yo la culpa deso? *Dieg.* Pues no?

por qué de Granada sales con ella? *Rod.* Pues si me envia tu padre?

Juan. Qué culpa tiene?

Dieg. Con quatro mil reales viene.

Rod. Pluguiera à Dios. *ap.*

Dieg. Yo queria,

Don Juan, esta noche dar à Beatriz alguna joya.

Rod. Aquí, señores, fue troya. *ap.*

Dieg. De cien escudos. *Rod.* Andar.

Dieg. Y tengola por muger tan loca, y desvanecida, que ha de quedarfe corrida; y así, quisiera tener algun modo de obligarla, que galante, y cortés fuese, con que yo darla pudiese, sin que llegase à enojarla.

Rod. Qué hay que estudiar ese modo? lleva la joya, y si no la tomáre, aquí estoy yo, que salgo à pagarlo todo.

Dieg. Sabeis lo que he imaginado? pues nos solemos juntar estas noches à jugar, llevará aqueste criado, que no conoce por mio, una cadena, y jugando conmigo, se irá dexando perder. *Rod.* Sin gana me rio de estos embustes. *Dieg.* Y yo, ganandola entonces, puedo llegarla à ofrecer sin miedo.

Juan. Quien tan linda industria vió! quien en el mundo pensára tan buen modo! ahí será, conmigo el criado irá, que allá una vez, cosa es clara, que será disimular no haberos visto, ni hablado.

Dieg. Mal conoceis el criado, à mi me puede enseñar à hacer un enredo. *Rod.* Ha sido notable encarecimiento.

Dieg. Ahora, porque dar intento estas cartas, que han venido para Don Luis, id con Dios, que à la noche nos verémos, donde efectuar podrémos lo tratado. *Juan.* A Dios.

Dieg. A Dios.

Vase Don Juan.

Rod. Yo no pienso que he venido à la Corte celebrada, fino à una selva encantada, donde todo sueño ha sido; tu letra de quatro mil? tu joya de cien escudos? mis labios dexaste mudos; advirtiéndome quan sutil, ni te turbas, ni embarazas.

Dieg. Como mi padre me escribe, desta manera se vive, porque el pobre todo es trazas. Esta cadena que ves, *Sacala.* solo una doblon me costó, y en él contraste sufrí dos experiencias, ò tres; de modo, que esta ha de ser la que yo te he de ganar. *Dafela.* Por esto quise estorbar el darla, no por temer

que

De Don Pedro Calderon de la Barca.

que se disguste; que así,
si llega à defengañarse,
de mi no podrá quejarse,
pues la ve ganar allí.
De modo, que en la ocasión
hago la galanteria,
no que sea à costa mia,
del dinero, ni opinion:
aquí vive Doña Clara.

Ro. l. Y es esta que à vernos viene? **Dieg. Sí.**
Salen Doña Clara, y Isabel.

Rod. Qué linda hacienda que tiene!
que no quiero decir, cara.

Dieg. Mi dicha fuera segura,
si como me pudo dar
el Cielo tiempo, y lugar
para adorar tu hermosura,
tu me dieras la ventura
para lograr tanto empleo,
tuviera, por mas trofeo,
tiempo mi altiva pasión,
lugar mi imaginacion,
y ventura mi deseo.

Clar. Quando agradecida quedo
à vuestro amor, podré dar,
Don Diego, tiempo, y lugar,
pero ventura no puedo:
esta sola no os concedo,
por faltarme à mi. **Dieg.** Procura
hacer mi dicha segura
vuestro argumento; pues ya
quien os mira, claro está,
que se tiene la ventura.

Clar. Estos favores sospecho,
que os sobraron del amor,
que os tiene ausente. **Dieg.** Es error
presumir tal de mi pecho.

Clar. Y por dexar satisfecho
vuestro afecto, aquí venis
à sentir lo que decís;
que los hombres con mas arte
fentis en sola una parte,
lo que en qualquiera decís.

Dieg. Bien convenceros pudiera
la razón: si es cosa clara,
que en ninguna parte hablára
el que en alguna quisiera;
cómo se satisficiera
deseo de un gusto lleno,
con otro manjar ageao

del mismo que apetecia?
en tal caso no sería
qualquiera manjar veneno?

Clar. Luego no habeis dicho à dos
lo que me decís à mi,
en vuestra vida? **Dieg.** Eso sí:
mas entonces, vive Dios,
que estaba hablando con vos.

Clar. Sin conocerme, mirad
que decís mucho. **Dieg.** Escuchad,
vereis como pudo ser,
antes que os llegase à ver,
amaros la voluntad.

Si con discurso naciera
algun hombre, y en el Cielo
tachonado el azul velo
de rubias estrellas viera,
quando adorára, y quisiera
su luz, prestado arrebol
del luminoso farol,
no adorára en las estrellas
al Sol mismo? Si, pues ellas
son claras sombras del Sol.
Yo con esta misma fe,
en amorosos enfayos
adoré al Sol en sus rayos,
hasta que el Sol adoré:
mil hermosuras amé,
pero en ninguna luz pura;
luego mi amor me aseguro,
que os amaba entonces, pues
qualquiera hermosura es
sombra de vuestra hermosura.

Clar. Con sofisticado argumento
quereis vencer mi opinion,
pues si à las luces, que son
del Sol un rago, un aliento,
que ilumina el Firmamento,
adorase el que ha nacido
capaz, ya hubiera querido
en muchas un resplandor,
que es lo mismo que un amor
en dos partes dividido.
Y quando hubiese adorado
al Sol mismo en las estrellas,
puesto que la noche en ellas
su luz ha depositado;
quien à mi me ha asegurado
ser el Sol resplandeciente,
que esas bellezas afrente?

pues

Hombre pobre todo es trazas.

pues este mismo arrebol,
que estando presente es Sol,
será estrella estando ausente.
Mas decidme ahora, qué ha sido,
pues no fue la voluntad,
de Don Diego, la novelad,
que à esta casa os ha traído?
no sin causa habeis venido.

Dieg. Y decis bien, la mayor,
pues amantes al rigor
del amor están sujetos,
y de todos sus efectos
es causa primera amor:
si bien la segunda ha sido
esta carta que advertis,
que para el señor Don Luis
hoy en mi pliego he tenido.

Clar. Pues mi padre no ha venido,
dexad la carta. **Dieg.** Eso no,
que si ella ocasion me dió
para llegaros à ver,
en una quiero tener
muchas ocasiones yo.

Clar. Ocioso es este cuidado,
pues tiene sombras la noche,
rejas mi casa, yo coche,
y hay calle Mayor, y Prado.

Dieg. Yo quedo bien avifado.

Clar. Sois forastero, y queria
avifaros la voz mia
de lo que debeis haer.

Dieg. Ya sé que tengo de ser
Argos la noche, y el dia:
por la mañana estaré
en la Iglesia à que acudis;
por la tarde, si salis,
en la carrera os veré;
al anochecer iré
al Prado, al coche arrimado,
luego en la calle embozado:
ved si advierte bien mi amor
horas de calle Mayor,
calle, reja, coche, y Prado.

Vanse los dos.
Rod. Y dígame, úced, señora,
tiene, para oír mi queja,
calle Mayor, coche, ó reja,
para que sepa la hora
este amante que la adora?

Isab. Tán presto?

Rod. No es maravilla,
que si mi estrella me humilla,
tan antiguo mi amor es
como las Cabrillas, pues
minestrella es siete Cabrilla.

Isab. Aunque advertirle pudiera,
al fin, como à forastero,
solamente decir quiero,
que hay tienda, y hay carbonera,
compro, limpio, y falgó fuera.

Rod. Yo quedo bien advertido,
y porque veas si ha sido
ruda la memoria mia,
Argos la noche, y el dia,
así estaré repartido:
por la mañana estaré
en la tal carboneria,
en la tienda à mediodia,
y luego à la tarde iré
al rastro, de allí vendré
ya anochecido al portal,
y à las once, peñe à tal,
en la calle, si es que hay quien
à una muger quiera bien
el rato que huele mal. *Vanse.*

Sale Doña Beatriz, Inés, y Don Felis.

Fel. No fueron esas razones
las que en otro tiempo oí.

Beat. Qué quereis? mudanse así
tiempos, gustos, y ocasiones.

Fel. En desengaño forzoso,
ofendido, y despreciado,
no siento el ser desdichado,
siento haber sido dichoso.

Beat. Quando dicha hubiera sido
merecer algun favor,
yo tuviera por mejor
el haberle merecido.

Fel. Estaba un almendro ufano
de ver que su pompa era
alva de la Primavera,
y mañana del Verano;
y viendo su sombra vana,
que el viento en penachos mueve
hojas de purpura, y nieve,
aves de carmin, y grana,
tanto se desvaneció,
que Narciso de las flores,
empezó à decirse amores;
quando un lirio humilde vió,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

à quien vano dixo así:
Flor, que magestad no quieres,
no te desmayas, y mueres
de envidia de verme à mi?
Sopló en esto el Austro fiero,
y desvaneció cruel
toda la pompa, que à él
le desvaneció primero:
vió que caduco, y helado
diluvios de hojas derrama,
feco tronco, inutil rama,
yerto cadaver del prado:
volvió al lirio, que guardaba
aquel verdor que tenia,
y contra la tirania
del tiempo se conservaba,
y dixole: Venturoso
tu, que en un estado estás
permaneciente, jamas
envidiado, ni envidioso:
tu vivir solo es vivir,
no llegues à florecer,
porque tener que perder,
solo es tener que sentir.

Beat. Aplicado el cuento, yo
profugo con otro tal,
oíd lo que à una caudal
Aguila le sucedió:
Esta que con vuestras graves
es, sin fatigado aliento,
en los imperios del viento
reyna de todas las aves,
quiso que la esfera octava
hija del Sol la presuma,
y sendo baxel de pluma,
hondas de fuego sulcaba:
llegó à la region dorada,
y con sedientos desmayos,
anhelando por los rayos
del Sol, medio desmayada
se volvió à la tierra, y vió,
que ninguna ave podia
seguir el vuelo que habia
intentado, y dixo: Yo
sola penetré la esfera
de diamantes guarnecida,
que muricudo de atrevida,
no moriré quando muera;
pues quando rayo deshecho,
y cometa desafido,

Fenix del Sol, baxe herido
de rayos de luz mi pecho,
el despeñarme, el morir,
el abrasarme, el caer,
todos no podrán hacer
que ahora dexé de subir:
pues este aliento atrevido,
que hasta al Sol pudo llegar,
el caer no ha de quitar
la gloria de haber subido:
en el ave, y en la flor,
ved lo que à los dos nos pasa.

Fel. Ya yo sé que vuestra casa
es Academia de amor,
donde todo es argumentos,
todo gusto, y opiniones;
pero no admiten questiones
mis penas, y mis tormentos:
sé que quiero, sé que adoro,
sé que mi desdicha fué:
esto solamente sé,
todo lo demas ignoro.

Al irse, sale Leonelo, y detienelo.

Beat. Esto está bien à los dos.

Leon. Como à vuestro centro, vengo
buscandooos aquí, que tengo,
Don Felix, que hablar con vos.

Fel. Engañado pensamiento
os traxo desta manera,
porque si mi centro fuera,
no estuviere en él violento.

Leon. Cómo? **Fel.** Ya no es centro mio.

Leon. Y vos qué decís à esto?

Beat. Que en este estado me ha puesto
un forzofo desvario,
que algun dia le diré:
ruegole que no entre aquí,
fin que se queje de mí,
que por otro le dexé.

Leon. Tales fueran mis desvelos,
estuviera despreciado,
aborrecido, olvidado,
como no tuviera zelos.
Ya sabeis con quanto gusto,
siempre constante mi amor,
sufrió de Clara el rigor,
el desprecio, y el disgusto:
pues ahora una criada
(porque es el oro en efecto
maestra llave de un secreto)

Hombre pobre todo es traxas.

me digo, que de Granada
un Don Diego Olorio vino
à su padre encomendado,
tan galan, y enamorado,
que à nuestros pechos previno
à ella agrado, à mi desvelos;
à ella gusto, à mi rigor; esto
à ella finalmente amor; esto
à mi finalmente zelos:
quiero que vamos los dos
donde este galan busquemos.

Fel. Pues si no le conocemos?

Beat. Lo que podré hacer por vos,
será ver à Doña Clara,
y saber, Leonelo, della
quien es este forastero,
que tanto cuidado os cuesta,
y aun hablarla en vuestro amor.

Leon. Fuera darne vida, fuera
comprar un esclavo en mis
hazine tanto bien, y sella
mi rostro, Beatriz hermosa!

Beat. Leonelo, no me agradezcas
esto, que no hago por ti
tan curiosa diligencia,
sino por mi, que este dicen
que es oficio de discretas:
mañana lo sabré todo,
que mugeris quando llegan
à hablar à solas, se dicen
quanto imaginan, y piensan.

Fel. Y yo hablaré à Doña Clara
mañana, para que venga
otro dia à visitaros,
y con la misma cautela,
por quien me dexais à mi,
y quien os agrada sapa:
si ya es cierto que en la Corte,
à titulo de discretas,
son terceras las hermosas;
porque como en la experiencia
diamante labra el diamante,
rinde belleza à belleza.

Sale Don Juan.

Juan. La fama, que à vuestra casa
llama amorosa Academia,
disculpa el atrevimiento
de no aguardar mas licencia.

Beat. Vos sabeis, señor Don Juan,
que podeis entrar en ella

à mandarme con los mismos
privilegios, que en la vuestra.

Hablan à parte Leonelo, y Don Felix.

Fel. Leonelo, si es que los zelos
son linceos, y que penetran
lo mas secreto, he de ver
con la vista, y alma atentas,
si hay novedad en Beatriz,
examinando hoy en ella
el semblante, y las acciones,
que hace à todos los que entran.

Leon. Por lo menos en Don Juan
no ha dado ninguna muestra.

Fel. No, que ni en él ví temor,
ni hallé novedad en ella.

Juan. Permitid, que un forastero,
que se ha quedado allá fuera,
entre à besaros la mano. *Vase.*

Beat. Pues quien negarle pudiera
al forastero, y amigo
vuestro tan cortés licencia?

Este es Don Dionis, Inés. *ap.*

Inés. Sin duda, que no te pesa
de verle; digo, y aun pienso. *ap.*

Beat. Si escol que el alma desea,
si es el que la vida estima,
qué bien dices! qué bien piensas!

Fel. Al hablar del forastero,
no miras, no consideras
mas alegre su semblante?

*Salen Don Juan, y Rodrigo, que trae
puesta la cadena, y al verle Beatriz
finge que lo siente.*

Rod. Pues me permites que pueda
besar tus manos, señora,
tan discreta como bella,
permite que pueda el alma
solo adorarle suspena,
porque en tu alabanza es
torpe instrumento la lengua;
ò alabate tu à ti misma,
pues quiere el Dios de las ciencias,
que siendo la quarta Gracia,
la decima Musa seas.

Beat. Tan prevenida, señor,
ha sido la entrada vuestra,
que habré menester lugar
para estudiar la respuesta.

Leon. Qué sientes del forastero?

Fel. Que es lo que quieres que sienta,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

fi al principio fu semblante
estuvo alegre, y ya muestra
que le ha pesado de verle?
donde hay mudanzas opuestas
hay secreto, y no son vanas
su alegría, y su tristeza.

Beat. Llega unas fillas, Inés.

Fel. Quando merecer no pueda
favores, podré estorbarlos;
aquí, Leonelo, te sienta.

Sientanse, y sale Don Diego.

Dieg. No llega à mala ocasion
un forastero, que llega
al repartir los lugares,
si es que hay alguno que sea
asiento de un ignorante
en esta divina escuela,
en cuya esfera cifradas
se miran las once esferas.

Beat. Disimular me conviene, *ap.*
porque Don Felix no vea
en mis ojos la alegría,
que me causa su presencia:
llega al señor Don Dionis
una filla.

Rod. Aquí está esta.

Dieg. Vos, señor, estais muy bien,
pues quando yo la tuviera,
fuera dichoso en que vos
os sirvierades con ella. *Sientase.*

Fel. Solo con el forastero *ap.*
de la cruzada cadena
hizo novedad Beatriz,
sin duda por él me dexa.

Juan. Qué bien ha disimulado *ap.*
vuestro criado!

Beat. Si es fuerza
que amor de qualquier discurso
principal asunto sea,
al que à una pregunta mia
me diere mejor respuesta,
daré esta flor.

Dieg. Ya envidiosos,
todos la pregunta esperan.

Beat. Qual es mayor pena amando?

Leon. Yo que padezco esta pena,
llevo gran ventaja à todos;
pues es forzoso que sea
mayor mal amar con celos.

Fel. El que tiene un dolor, pienso

que ninguno à aquél iguala,
y solo de aquél se queja:
yo dixera de mi mal,
quando no le padeciera,
esto mismo, que el mayor
es amar contra su estrella,
siendo un hombre aborrecido.

Dieg. Yo digo, que es mayor pena
el amar sin esperanza.

Beat. Pues un argumento sea
el que pruebe la verdad.

Leon. Oye, que el zeloso empieza:
Si yo fuera aborrecido
con tanta desconfianza,
que no tuviera esperanza
de ser jamas admitido,
consuelo hubiera tenido
en ver que la pena mia
tan alta gloria perdía,
porque al Cielo se atrevió;
y al fin, perdiendola yo,
ninguno la merecia.

Mas si esta misma que allí
à mi amor halla imposible,
fuese para otro apacible,
siendo ingrata para mi:
si el bien que no merecí,
viese que otro mereció,
di, qué pena se igualó,
Beatriz, à esta pena amando,
que ver que otro esté gozando
lo que estoy queriendo yo?

Fel. Bien puede un zeloso estar
sin esperanzas de ser
admitido, con tener
Dama, que se dexa amar;
mas quien se llega à mirar
aborrecido, no puede,
que aun amar no le concede:
luego ofender mi porfia
con lo que obligar podia,
la mayor desdicha excede.
Tenga amor mi Dama bella,
no tenga esperanza yo,
y no me aborrezca, no,
pues me basta à mi el querella:
mas contra mi propia estrella
porfiar, es desconsuelo
el mas tirano del suelo;
que el zeloso ha menester

vencer sola à una muger,
y el aborrecido al Cielo.
Dieg. Ni zelos, ni olvido temo,
si constante llego à amar,
porque es facil de pasar
la muger de estremo à estremo:
mayor pena, mas supremo
es mi llanto, es mi dolor,
pues padece mi temor
eterna desconfianza;
luego amar sin esperanza
es el Infierno de amor.

El que zeloso vivió,
el que vivió aborrecido,
con esperanza han sufrido
el mal que el amor causó:
al desesperado no,
pues aun rigores no espera;
si zelos darme pudiera
mi Dama, ya la costára
cuidado, ya se acordára
de mi, si me aborreciera.
Y como es uso pasar
la condicion de muger
desde amar à aborrecer;
tambien se suele trocar
desde aborrecer à amar:
con esta esperanza asido,
contento hubiera vivido;
luego mi mal es mas fiero,
pues verme jamas espero
zeloso, ni aborrecido.

Beat. Dudosamente podré
decir quien merezca aquí
la flor.

Rod. Escuchame à mí,
señora, y te sacaré
duda, porque sé
que la flor ha de ser mía,
probandote en este dia
con un argumento tal,
que padece mayor mal
quien ama pobre, y porfia.
Quien al pobre no aborrece?
quien al pobre no da zelos?
quien al pobre en sus desvelos
alguna esperanza ofrece?
luego solo este padece
de todos el mal penoso,
porque siempre temeroso,

favor, ni desden alcanza,
y quicre sin esperanza
aborrecido, y zeloso.
Y porque no la razon,
sino tambien la experiencia
me den la flor por sentencia,
que no tenga apelacion:
vengan los naypes, que son
Jueces, y jugando todos,
verás que en tan varios modos
tiene, quando argumentáre,
mas razon quien se quedáre
con el dinero de todos.

Llegan un bufete, en que habrá naypes, juegan Don Diego, y Rodrigo, y venlos jugar Leonelo, y Don Juan, y Don Felix se queda hablando con

Beatriz.

Inés. Ya están los naypes allí.

Dieg. Yo jugára, si tuviera
cobrada una letra que hoy
acepté. **Rod.** Venga la letra,
que como vos la aboneis,
tambien jugaré sobre ella,
como vos queráis, señor,
jugar sobre esta cadena
cien escudos, que mañana
se han de pagar.

Dieg. Norabuena. **Juegan.**

Fel. Qué mal han disimulado
tus ojos, Beatriz! pues lenguas
del alma me han dicho ya
tu sentimiento, y mis quejas.
Apenas el forastero
entró en la sala, y apenas
le viste, quando mudaste
el semblante hermoso, y muerta
la color trocaste entonces
claveles por azucenas.

Rod. Piegue al Cielo, que en mi vida
gane una vez.

Beat. Bien pudiera
satisfacerte, mas quiero
callar, Felix, porque entienda
que no es tiempo de que yo
satisfacciones te deba.

Dieg. Diez pintas gano.

Rod. Demonios,
vuestros rigores, qué esperan,
de mi paciencia ofendidos?

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Inés. Por cierto, linda encomienda.

Fel. Pues pudieras tu negar tan costosas experiencias, si el rostro es relox adonde el corazon hace muestra?

Rod. Qué no haya yo de ganar una fuerte, y que me vengan la que es derecha trocada, y la trocada derecha!

Fel. Desprecios, Beatriz, se sufren en voluntades que empiezan; pero en las que acaban, pasa de ser desprecios, y llegan à agravios: vamos, Leonelo, porque no quiero que tenga ocasion Beatriz de ser descortés conmigo, y necia, porque son muy infufribles necesidades de discretas.

Leon. No vereis à Doña Clara?

Beat. Mañana os tendré respuesta.

Leon. Quien solicitó jamas con todo el Sol una Estrella, fino yo?

Vanse Don Felix, y Leonelo.

Rod. No juego mas; usted guardada me tenga la cadena, que mañana tengo de enviar por ella.

Dieg. Aquí la hallaréis mañana.

Rod. Qué un hombre Cristiano pierda diez pintas! qué dexa el naype para un Moro? No hay paciencia.

Vase Rodrigo como tropezando.

Dieg. El se ha quebrado al salir las narices en la puerta, y para emendarlo ahora ha rodado la escalera.

Beat. Saca una luz.

Inés. Eso no, que ha perdido; si él hubiera ganado, yo le alumbrára, y llegará hasta la puerta de la calle muy humilde, haciendole reverencias, pero hombre que ha perdido, rueda, y quiebrese una pierna.

Dieg. Esta cadena he ganado cien escudos en que queda dexo librados, señora,

para los naypes, y velas: perdonad mi atrevimiento, que vive Dios, que quisiera que fueran diamantes, quantos eslabones hay en ella para serviros, aunque prefucion fuera muy necia llevar diamantes al Sol, siendo el Sol quien los engendra; esto es barato, y asi disculpa teago, y licencia para tal descortesia.

Beat. No es sino merced aquesta, pues quando no fuera tal, por su estimacion la prenda, por ser vuestra la estimára, y la tomo por ser vuestra.

Dieg. El Cielo os guarde, qué bien que sucedió!

Juan. De manera, que yo he querido creerlo: qué bien engañada queda!

Vanse Don Diego, y Don Juan.

Beat. Has visto, Inés, en tu vida mas cortesana fineza?

Inés. Aguardate, iré à alumbrarles, que tiempo despues nos queda para que le alabes. *Vase.*

Beat. Quanto se estima, agradece, y precia la cortesia! Mas es el modo, que la cadena. *Vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Beatriz, y Inés con manto, y Clara, y Isabel sin ellos.

Clar. Posible es que llegó el dia en que tan dichosa fuese, ò Beatriz, que mereciese esta humilde casa mia tanto honor? vuelveme à dar los brazos. **Beat.** Y el alma en ellos: lazos, que de nuestros cuellos la muerte podrá cortar, pero dividirlos no.

Clar. De mi te ofrezco otro tanto: Isabel, quitala el manto à Beatriz.

Beat. No vengo yo

Hombre pobre todo es traxas.

con tanto espacio, y sosiego.

Clar. Ya querrás irte tambien, propia condicion del bien, llegar tarde, y faltar luego: quieres venir al estrado?

Beat. No, bien estamos así.

Clar. Sientate el rato que aquí has de estar, y derribado el manto puedes tener, porque me afliges tapada: à fe que estás bien tocada, pudierasme agradecer el haberte desenhuerto.

Beat. Es lisonja, ò burla? *Clar.* No, solo tengo envidia yo, quando tu hermosura advierto.

Beat. Si tuvieras que envidiar, no me alabáras, amiga: buena estás, Dios te bendiga.

Clar. Mira como puede estar quien tantas penas recibe, que no tiene gusto en nada, y siempre defazonada, y melancolica vive; quien de sí misma enemiga, à sí misma se aborrece;

Los afectos humanos, Beatriz bella, tal vez arrebató fuerza divina, porque viven atentos à una estrella, que superior ilustra, y predomina: y aunque es verdad que no se vencen della, con tal poder, ya que no fuerza, inclina, que pierden libertad, discurso, y brio el alma, la razon, y el alvedrio.

No es amor eleccion, pues si lo fuera, nadie en el mundo aborrecido amára; no es voluntad, que nadie la rindiera donde con voluntad no se pagára; no es razon, pues con ella se rigiera; no es gusto, pues sin él no se entregára; qué será donde falta (Cielo injusto!) eleccion, voluntad, razon, y gusto?

Qué será, pues, violencia semejaante, sino fuerza, rigor, y tirania de amor? pues la que vió firme, y constante Leonelo tanto tiempo à su porfia, en un punto veloz, en un instante breve, que son los atomos del dia, se rindió facil, se postro liviana de un forastero à la lisonja vana.

quien una pena padece, incapaz de que se diga; quien con eternos enojos ha de zelar sus agravios del aliento de los labios, y las lenguas de los ojos.

Beat. Mal, que es fuerza que se calle, y que te trae disgustada, de tus ojos descuidada, y enemiga de tu talle; mal, que à enristecer te obliga, y te obliga à canudecer, cuyo efecto puede hacer, que se sienta, y no se diga; mal, que es mi propio dolor, pues repite satisfecho sus efectos en mi pecho, sin duda, Clara, es amor.

Clar. Bien tu discurso facó por las centellas el fuego: amor tengo, no lo niego.

Beat. Y ha sido à Leonelo? *Clar.* No.

Beat. Mi alegria fuera mucha (si yo tenerla pudiera), si tus pasiones oyera.

Clar. Porque hagas lo mismo, escucha.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Un forastero, amiga, un forastero,
que de Granada encomendado vino
à mi padre, es la causa porque muero,
este à mi pecho tal dolor previno,
este à mi vida tal veneno fiero,
este al alma tal pena, que imagino,
que à solo ver mi vanidad burlada,
vino Don Diego Oforio de Granada.

No has visto hermosa fuente, que risueña,
por piedades del Sol, ò por rigores,
instrumento de plata, se despeña,
con quien cantan las aves sus amores?
sepultarse en la falda de la peña,
donde estaban sedientas quantas flores
llamadas de su musica venian,
y por ser sus aljofares bebian?

Y esta fuente, que allí dexó burlada
la beldad de las flores peregrina,
por venas de la tierra dilatada,
siendo de plata ya liquida mina,
nacer segunda vez, tan desfachada,
que entre rusticos céspedes camina,
sin que à su inutil nacimiento deba,
que noble flor de sus cristales beba?

Así el amor, que en mi se despeñaba,
llegar al valle ameno resistia,
donde tanta fineza me esperaba,
y donde tanto amor me merecia:
y el mismo que soberbia me miraba,
quiso, por castigar la ofensa mia,
que huyendo agrados, y burlando amores,
lograse penas, zelos, y rigores.

No porque este gallardo forastero
mi amor no estime, y mi esperanza aliente,
pues siempre es à mi gusto lisonjero;
mas qual hombre no finge, engaña, y miente?
sino porque otro amor, que fue primero,
aquí le traxo, temo que se ausente:
estos son mis temores, mis recelos,
que no hay bien sin amor, ni amor sin zelos.

Beat. Qué parecidas que son
nuestras penas, Clara bella?
un mismo amor, una estrella
rige nuestra inclinación.
Pensarás que mi afición
es à Don Felix, à quien
debo finezas tambien;
mas como ninguna amó
siendo amada, tambien yo
quiero à un forastero bien.

En tu fuente à mirar llego
de amor una cifra breve,
pero como tu à la nieve,
quiero yo aplicarla al fuego:
el rayo abrasado, y ciego,
que es un humedo vapor
de la tierra, que al ardor
del Sol se ilustra, y acendra,
en la parte que se engendra
executa su rigor.

Hombre pobre todo es trazas.

Que como el viento recibe
seca exhálacion que sube,
adonde preñada rube
humo palido concibe:
errancó, facil describe
las esferas, hasta que
herida del Sol se ve,
y en trueno, y rayo veloz
da aquí el golpe, allí la voz,
que aviso, y castigo fué.

Así el forastero ha sido
rayo en su esfera engendrado,
pero della desatado,
en agena parte ha herido:
desde Flúndes ha venido
este à turbar mi sosiego:

no sé como el Amor ciego
puede con violencia sumo,
siendo nieto de la espuma,
hijo del Norte, ser fuego.

Una apacible mañana
del Mayo, quando la Aurora
con prestados rayos dora
nubes de púrpura, y grana:
tan hermosa, tan ufana,
que decia lisonjera:

Quien coronarte pudiera,
Mayo, de flores, y mieses,
por Rey de los doce meses,
por Dios de la Primavera?

Salí al Prado, desde él fui
por la calle, donde en lazos
de los olmos darle abrazos
copas, y raseos ví,

à quien triste dixé así:
No os bastaba, alamos bellos,
enmarañar los cabellos,
por la tierra fugitivos,

fino que tambien lascivos
querais enlazar los cuellos?

Pero me responderéis,
con verdad desvanecidos,
que como en Corte nacidos,
cortésano amor tenéis:

y así, ocultar no queréis
vuestro contento tuave,
porque ya el amor mas grave,
y ya el favor mas felice,
no es amor, sino se dice;
no es favor, sino se sabe.

Con esta imaginacion
llegué à sentarme, cansada;
quando por verme tapada,
gozando de la ocasion,
llegó con ayrosa accion,
y con galan defendido,
el mas bizarro Soldado,
que ví jamas, te prometo,
y despues el mas discreto,
que en toda mi vida he hablado.

Desde entonces, no le ví
mucho tiempo, pero no
por eso se folegó
aquel fuego que sentí:
en mi casa permití
visitas, conversacion,
juego, y músicas, que son
lazos de amor, cada dia,
por solo ver si podia
verle con esta ocasion.

Cumplióme amor mi deseo,
pues una noche llevado
de un amigo, ò mi cuidado,
dentro de casa le veo:
miro el bien, y no lo creo,
por serlo; y sucedió así,
que constante desde allí
me sirve, enamora, y ama,
Don Dionis Vela se llama:
esto sé de él, y de mí.

Isab. A hablarte Don Diego viene.

Clar. Mucho me huelgo que estés
aquí, para que le veas,
porque me digas despues
si tengo buen gusto yo,
si le he encarecido bien.

Beat. Es aquél, que viene allí?

Sale Don Diego, que landose al paño.

Clar. Sí, Beatriz, el mismo es.

Beat. Valgame el Cielo, qué ve!

Clar. Qué te parece? *Beat.* Muy bien
me ha parecido: y muy mal
pudiera decir: Inés,

no es Don Dionis? *Inés.* Sí señora,
quien puede negar que es él?

Beat. Qué he de hacer? *Inés.* Disimular.

Dieg. Qué es esto que llego à ver,
Cielos! Clara, y Beatriz son
las dos; amor, de una vez,
quanto adquirimos de muchas,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

hemos echado à perder.
Mirando al Sol, Clara hermosa,
quien no se ha turbado? quien,
viendo à un mismo tiempo dos,
no ha de suspenderse, pues
esta sala, esfera breve
de uno, y otro rosciel,
con divina imitacion,
Cielo de hermosura es?

Clar. La lisonja os agradezco,
no por mi, pues quando vies
à Doña Beatriz, qualquiera
lisonja la viene bien.

Dieg. Quien es esta mi señora?
que yo, por no conocer
à su merced, culpa en fin
de forastero, no osé
ofrecerme à su servicio:
es deuda vuestra, ò es
amiga? Inés. No oyes aquello?
quien eres pregunta. Dieg. Aunque
para que conozca en mi
un criado su merced,
no es menester saber mas
que mirarla. Clar. Beatriz es
la amiga que yo mas quiero,
señor Don Diego, y con quien::

Inés. Don Diego le llamó. Clar. Amor
consulta su parecer:
en este punto las dos
en vos hablabamos. Beat. Bien
os lo puede asegurar
su pecho constante, y fiel;
porque es muy cierto, que en vos
las dos hablabamos, pues
ella hablaba en vos conmigo,
y yo con ella tambien:
de que no me conozeais,
queja pudiera tener,
pues viviendo yo en el pecho
de Clara, y estando en él,
vos pudierais por fineza
haberme visto tal vez.
Yo à lo menos, no llegarà
à confesarlo, porque
quiero que Clara me deba
solo el decir que estimé
tanto el dueño de su gusto,
que le conocí por fe,
porque yo os conozco, ya

que vos no me conocéis.

Dieg. Yo conozco mi ignorancia,
y aunque pudiera tener
disculpa, quiero rendirme,
agradecido, y cortés.

Inés. Señora, qué dices desto?

Clar. Qué te parece? no es
galan, y discreto? di,
no te parece muy bien?

Beat. Digo que me ha parecido
tan bien, Clara hermosa, que
ha de peñarte algun dia,
que me parezca tan bien. ap.

Inés. Mal disimulas. Beat. No puedes
sufrir mas zelos, Inés;
estoy por dar voces.

Beatriz le hace señas por detras, y él hace
como que no la entiende.

Inés. Mira
como disimula él,
y aprende tu. Beat. Si él engaña,
y yo siento, no podré
igualarle, que me lleva
mucha ventaja: ha cruel!

Clar. Al fin, yo tengo buen gusto?
alabamele otra vez.

Inés. Parece que la tal Clara ap.
nos está dando cordel.

Clar. Qué tienes, que disgustada
parece que estás? Beat. No sé
que es lo que me ha dado: traeme
un barro de agua, Isabel.
Por desmentir una pena, ap.
otra pena fingiré:
agua pido, y es en vano,
porque es de fuego mi sed.

Clar. Vé tu por el agua, y yo
unos dulces ficaré:
dame licencia à que sea
hoy contigo descortés.

Beat. No vayas, no por tu vida,
conmigo escusado fué
el cumplimiento. Clar. Pues este,
quien te ha dicho que lo es?
es cumplimiento dexarte
con la visita? aunque bien
el dexarte acompañada
pudieras agradecer. Vase.

Beat. Y es verdad, pues que me ha dado
ocasion, ingrato, en que

Hombre pobre todo es trazas.

pueda hablar, pueda quejarme;
porque el silencio cruel,
hecho ponzoña en el alma,
mil veces quiso romper
la carcel, y reprimido,
hizo con mayor poder
un cuchillo al corazon,
y à la garganta un cordel.

Disimulando Don Diego.

Dieg. Vos con tanto sentimiento
conmigo? cómo, ò por qué?
quien dió causa à tanta pena?
à tanta desdicha quien?

Beat. Esta es, ingrato amante,
vil caballero, esta es
la prometida firmeza
de lealtad, amor, y fe?
Si sois de Granada, cómo
sois de Flandes? y si os veis
ausente por una Dama,
cómo decís que tenéis
pretensiones? si os llamais
Don Diego, cómo os haceis
Don Dionis? es gran vitoria
engañar à una muger?

Dieg. Viven los Cielos, señora,
que no os entiendo, ni sé
que decís, pues jurar puedo
no haberos visto otra vez.

Beat. Vos lo que oyen los oídos,
vos lo que los ojos ven
queréis negar? vos no sois
quien liberal, y cortés
me dió anoche esta cadena?

Dieg. No señora. *Beat.* No?

Dieg. Por qué
lo negára, si el serviros
fuera mayor interés?
Bueno fuera negar yo
dativas, quando uso es,
no solo negar aquello
que se da, pero tambien
con vanidad, y arrogancia
decirlo, sin que se dé:
advertid, que en una estampa
fuele duplicar, y hacer
dos formas Naturaleza
con repeido pinceel.

Beat. Luego intentais todavia
desconoceros? *Dieg.* No sé

que responderos. *Beat.* No sois
Don Dionis Vela? *Dieg.* Por qué
negára mi nombre? *Beat.* Quando
venisteis? *Dieg.* Aun no habré un mes.
Beat. Donde vivís? *Dieg.* En la calle
del Principe. *Beat.* En qué entendeis?
Dieg. En ver la Corte. *Beat.* Y el nombre?
Dieg. Ya no os han dicho que es
Don Diego Osorio?

Beat. Qué amigos
hoy en la Corte tenéis?

Dieg. Muchos. *Beat.* Y Don Juan de Torres
no lo es vuestro? *Dieg.* No escuché
aqueste nombre en mi vida.

Beat. Visitais una muger
junto à las Descalzas? *Dieg.* No.

Beat. Mentís, mentís, que sí haceis.

Dieg. Por mas preguntas que ha hecho
no me ha podido coger.

*Sale Doña Clara, y Isabel con agua,
y dulces.*

Clar. Aquí está el agua, y el dulce:
mas qué es esto? *Dieg.* No lo sé:
Beatriz, que me lo pregunta,
podrá decir lo que es. *Vase.*

Beat. Qué es esto, Beatriz, pues tanto
pudo el accidente ser,
que te obliga à que des voces?

Beat. Es una rabia cruel.

Clar. Bebe el agua que pediste,
quizá allí podrás vencer
esta pena que te aflige.

Beat. Yo sé bien que no podré,
aunque mas beba: à Dios, Clara.

Clar. Desta suerte has de ir à pie?
aguarda, pondrán el coche.

Beat. No puedo, vamos, Inés.

Clar. Peseame, que de mi casa
vuelvas enferma, una vez
que al cabo de tantos dias
vienes à hacerme merced,
sin querer decir que sientes,
ni que tienes. *Beat.* Mal podré
decirtelo, Clara, à ti,
si yo misma no lo sé. *Vase.*

*Salen por una puerta Don Juan, y Rodri-
go, y por otra Don Diego.*

Juan. Donde estará Don Dionis?

Dieg. Mucho estimo, vive Dios,
hallar juntos à los dos.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Juan. De qué turbado venis?

Dieg. Hame, Don Juan, sucedido el suceso mas estraño, que vió el mayor desengaño.

Rod. Cuentanos, pues, lo que ha sido.

Dieg. Entré à ver à Doña Clara, y estaba, Don Juan, con ella de vista à Beatriz bella: quando mi vista repara en las dos, ciego quedé, turbado me suspendí.

Juan. Y al fin, qué hicisteis? **Dieg.** Allí tan de improviso no hallé otro camino, otro modo de emendar la culpa mia, que hacer que no conocia à Beatriz, negando en todo no haberla hablado, ni haberla visto otra vez en mi vida; pero airada, y ofendida, no pude satisfacerla, aunque allí ella misma vió que Don Diego me llamaban todos, y que la contaban que era de Granada yo: en fin, si vos acudís à acreditar este cuento, hacer los papeles puedo de Don Diego, y Don Dionis; porque asegurando vos lo mismo, decir no temo que es otro, y que con extremo nos parecemos los dos.

Juan. Y es tan necia, que creerá Beatriz ese engaño? **Dieg.** Sí, que yo parecidos ví muchos hombres; y no está la dificultad en ser Beatriz necia, ó entendida, que al fin la mas perfumida tiene ingenio de muger. Yo conocí dos hermanos, que nadie determinaba con qual de los dos hablaba.

Rod. Es verdad, los Valencianos.

Juan. Yo por mi parte me obligo à disimular muy bien.

Dieg. Y tu has de ayudar tambien; desde hoy no has de andar conmigo, porque siendo conocidos

los dos por amo, y criado, fuera descuido estremado el ser los dos parecidos.

Rod. Dices bien, y yo podré con mayor fuerza ayudar este engaño, pues entrar puedo en su casa, y haré con retóricas, que crea (tanta eficacia en mi ves) hoy un necio que lo es, y una fea como es fea, una vieja con amor, que es vieja la haré creer: que es lo mas que puede hacer un retorico hablador.

Dieg. Pues dexadme à mi llegar primero, y mientras los dos refuimos, llegaréis vos.

Juan. No me teneis que avisar. *Vase.*

Rod. Qué de maquinas enlazas!

Dieg. Esto entre dos Damas es lograr amor, è interes, porque el pobre todo es trazas.

Rod. Sí, pero trazas de pobre no sé que efectos tendrán, pues por ser tuyas, serán infelices. **Dieg.** Quando obre esta pensión la fortuna, y una pierda, otra me queda; pues no es posible que pueda de las dos faltarme una.

Rod. Por eso debe tener qualquiera amante discreto una Dama de respeto, por lo que ha de suceder: pero voyme, porque vienen, no hallen juntos à los dos. *Vase.*

Salen Beatriz, y Inés con mantos, y Don Felix, y Leonelo.

Dieg. Y los que vienen con ellas, Felix, y Leonelo son: de zelos maté, y de zelos muero: vengativo Amor, sé Dios, ó no seas tirano, sé tirano, ó no seas Dios.

Leon. Al paso, Beatriz hermosa, esperando à oir estoy la sentencia de mi muerte; qué has sabido? **Beat.** Tal estoy, que no acertaré à decir

Hombre pobre todo es trazas.

lo que he sabido. *Leon.* A tu voz atenta el alma, resiste una, y otra confusion.

Fel. Inés, yo tengo que hablarte. *ap.*

Inés. Despues tendrás ocasion.

Beat. No has de quejarte de mi, si defengaños te doy, porque si esos tengo, darte no puedo otra cosa yo. Can soy con rabia, que muerde, y comunica el dolor por la herida, y así ahora te pagaré mi pasión, bafilisco por la vista, y sirena por la voz. Clara vive enamorada, quien te lo dixo, contó la verdad; Don Diego Oforio ha merecido el favor, que te negó, ficte tu, y tendré consuelo yo, compañera en tus desdichas, si es que las lisonjas son una pena de otra pena, y un dolor de otro dolor.

Fel. Segun esto, vos venis zelosa tambien? *Beat.* No os doy defengaños, que llamais agravios; pero si vos me arguis la consecuencia, no quiero negarla yo.

Fel. Ni yo la quiero creer, que fuera imposible error pensar que en el mundo hubiese quien diese zelos al Sol: y no dudando si puede eso ser verdad, ò no, lo sentiré, por haceros aqueja lisonja à vos.

Leon. Vive Dios, que he de buscar à este Granadino yo: el Cielo, Beatriz, os guarde; ay Don Felix! muerto voy. *Vasc.*

Dieg. Ahora podré llegar à hablar, empezando yo à quejarme, que esta es la estratagemma mayor: pues si yo empiezo primero, no le dexaré razon con que ella pueda quejarse;

ayude mi industria amor. Quien tan bien acompañada hasta su casa llegó, no pensará que he tardado; pero quien aquí esperó toda la tarde, adorando los hierros de ese balcon, no podrá pensar que ha sido menos que un figlo. *Beat.* Mejor es esto: Inés, este hombre preteade quitarme hoy la luz al entendimiento, ò al discurso la razon.

Qué decis por Dios, Don Diego, Don Dionis, ò lo que sois? Si quereis volverme loca, confieso que ya lo estoy. Dexadme, señor, dexadme, ved que muchas pruebas son, apurando un sufrimiento.

Dieg. Pues en qué os ofendido yo?

Si mi pensamiento altivo merece vuestro rigor, castigadme con desprecios, pero con engaños no. En qué os enoja un deseo? en qué os agravia un amor, que solo aspira à serviros? Si mudanzas, Beatriz, son, que en vuestro pecho ha causado la breve conversacion de Don Felix, bien haceis.

Inés. Quejarse él es lo mejor.

Beat. Pues si en este mismo instante vengo de escuchar de vos, que à mi no me conocéis; si vengo de oir que sois Don Diego, y no Don Dionis, no quereis que sienta, no, tantos engaños, y entredos?

Dieg. No os entiendo, vive Dios: yo os he visto, yo os he hablado en alguna parte hoy? enigmas son que no entiendo: Vos habeis dicho que yo quiero quitaros el juicio; y así con este temor, ganandome por la mano, quereis quitarme los.

Inés. No pensará quien le oyere, que

De Don Pedro Calderon de la Barca.

que él solo tiene razon?

Beat. Qué es lo que dices? *Inés.* Señora, que tan admirada estoy de escuchar con quantas veras haberte visto negó, que me da à entender, que aquí hay alguna confusion, ò por lo menos, secreto que no entendemos las dos, que nadie negar pudiera aquí, y allí la razon con tantas veras.

Sale Don Juan alborotado.

Juan. Jesus, aquí estais? *Dieg.* Qué admiracion es esta? *Juan.* Hame sucedido una cosa, que por Dios, que ahora la estoy dudando.

Beat. Qué ha sido?

Juan. Palabra os doy, que en mi vida me he admirado, de quanto he visto, hasta hoy. Pasaba por una calle, quando à la misma ocasion

un hombre la atravesaba, à quien engañado, yo por Don Dionis llegué à hablar, tanto se le pareció,

que no le desmiente el talle, ni el rostro, y hasta la voz le parece, y en el traje; que como el dia de hoy están los precios tan caros,

y todas las galas son, ò bayeta, ò tafetan, poco le diferenció:

el vestido que trae, casi el mismo es que traeis vos; y tanto, que si no hubiera de esta misma confusion

exemplares en el mundo, pues muchas veces se vió parecerse un hombre à otro, afirmára, vive Dios,

ser vos mismo. *Dieg.* Y esto mismo sin duda le sucedió tambien à Beatriz, pues piensa que pude en otra ocasion negar que la conocia.

Beat. Bien ensayados los dos

venis, quanto estudio os cuefts, Don Juan, la tal relacion? Por tan necia me teneis, que imaginasteis que yo creyera tal?

Juan. Eso es cierto.

Inés. Pues no lo has creído?

Beat. No.

Inés. Yo sí, que he visto otra vez mil, que parecidos son: si no, dime, con qué intento estos des nombres fingió

Don Dionis? pudiera nadie prevenir esta ocasion?

¿sabía si eras amiga de Doña Clara, ò si no? ¿sabía que habia de hallarte con ella en conversacion?

no, pues no entrara si fuera el mismo; demas que estoy mirandole con cuidado, y ahora me pareció, que el otro de aquesta tarde era dos dedos mayor.

Juan. Sí, un poco era mas robusto.

Dieg. Beatriz lo advierte mejor, mas ella quiere quejarse, porque no me queje yo.

Beat. Pues de qué podeis quejaros?

Dieg. De ver à Felix con vos.

Beat. Es verdad, que como à Clara vos no habeis hablado hoy, podeis quejaros de mi.

Dieg. Quien es Clara? que por Dios que no la conosco.

Inés. Mira que ha sido, señora, error de Naturaleza. *Juan.* Advierte que à mi mismo me engañó.

Beat. Todos bien podeis decirme que esto cabe en la razon,

que esto se ha visto otra vez, mas no he de rendirme, no, hasta que mis propios ojos miren juntos à los dos.

Vosf.

Inés. No habrá quien la desengañe, que es muger de su opinion, aunque tan claro lo vea.

Juan. Bien la traza sucedió.

Dieg. Qué no intenta un hombre pobre con ingenio, y con amor!

Hombre pobre todo es trazas.

Vanse los dos por una puerta, y por la otra se va à entrar Inés, y la detiene Felix.

Fel. Ventura notable fué,
que ahora pudiese hablarte,
Inés, y llegar à darte
esta vida, que hoy se ve
en tus manos, tuyo soy;
y en fe de que el alma mia,
que ha de servirte confia,
esta sortija te doy,
que solo un diamante de ella
ducientos escudos vale,
porque no hay luz que le iguale;
oxalá fuera una estrella.

Inés. Bien está siendo diamante,
que embarazada me viera,
si mía una estrella fuera.

Fel. Dime, quien es el amante,
Inés, por quien tu señora
vive, y yo de zelos muero?
que aunque sé que à un forastero
estima, quiere, y adora,
no me he atrevido à creer
que así cegarse pudiese,
y que à hombre tal se rindiese
tan presumida muger:
todo lo sé, mas no quiero
fino estar asegurado.

Inés. Qué gran gusto me ha quitado
quien te lo contó primero!
pues tal condicion me dió
el Cielo, que no quisiera
que otro ninguno supiera
los secretos, sino yo,
porque otro ninguno fuese,
quando secretos guardase,
quien à todos los contase,
quien à todos los dixese:
porque aunque es santo, prometo,
el secreto singular,
yo nunca pude guardar
la fiesta de san secreto.
Porque te le diga, aquí
me das prendas isonjeras,
quando porque me lo oyeras,
yo te diera el alma à ti?
Que he estado enferma en la cama
muchas veces, por no hallar
con quien poder descansar,
murmurando de mi ama.

Anoche este forastero
una cadena le dió,
que en cien escudos ganó.

Fel. Ya ví la cadena. *Inés.* Quiero
decir mas, como esta tarde
vino de verle zelosa
con otra dama, y dudosa
de si es él, se abraza, y arde
en zelos. *Fel.* Dexame à mi,
que tambien me abraza, y ardo:
qué es lo que espero? qué aguardo?
Si yo la cadena ví,
si de tu boca escuché,
que porque hablando le vió
con otra, tanto finió;
si esto he visto, y si esto sé,
por qué de mi necio amor
no agradezco el defengasío?
mi remedio está en mi daño,
que no hay cura sin dolor.

Inés. Advierte, Felix, que estás
dando voces. *Fel.* Pierdo el seso,
dexame, *Inés.* *Inés.* Segun eso,
ya no quieres saber mas?

Fel. Qué mas, si esto me pro oca?

Inés. Y es buen termino empeñarme
en hablar, para dexarme
con la palabra en la boca?
pues no has de irte, sin que diga
quanto de mi ama sé,
porque lo que yo empecé,
no es bien que otro lo prosiga:
porque es la murmuracion
farna empezada à rascar,
que no se puede dexar;
y así, señor, no es razon
que mis labios queden mudos:
porque me oigas un instante,
toma, que solo un diamante
vale ducientos escudos.

Fel. Dexame, que ya no quiero
saber mas: quien, sino yo,
curioso solicitó
contra sí el veneno fiero?
Quien, sino yo, desta suerte
pretendió su perdicion?
verdugos los zelos son,
que cobran el dar la muerte.
O nunca hubiera yo oído
lo mismo que he deseado,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

ò siempre hubiera ignorado
lo mismo que he pretendido.
Pues si el que su pena sabe
muere, y muere el que la ignora,
morir dudandola ahora,
fuera muerte mas suave.

Quando à un hombre en su fortuna
figuen dos contrarios fuertes,
por querer darle dos muertes,
suelen no darle ninguna.

Si à mi el dudar, ò el saber,
dos muertes me pueden dar,
quiero al saber, y al dudar
por enemigos tener;
pues quando mi pena allanes,
sin ver si vivo, ò si muero,
estaré como el acero
suspendido entre dos imanes.

Inés. O nunca yo hubiera hablado!
pero no será el disgusto
tan grande, como fue el gusto
del haberlo publicado. *Vase.*

Salz Rodrigo.

Rod. Con que linda industria vengo
prevenido, para hacer
que Beatriz lleve à creer
quanto imaginado tengo
cerca del galan de à dos,
que la engaña, y enamora!

Fel. Llegarécle à hablar ahora,
ya estoy resuelto: Con vos
tengo que hablar, Caballero,
una palabra no mas,
y para aquèsto, detras
de San Geronimo espero.

Rod. Vos venis muy engañado,
no soy yo el buscado, no,
porque no soy hombre yo,
que detras de nadie he hablado
en mi vida, sea el que fuere,
quanto mas detras de un Santo,
que quiero, y estimo tanto:
lo que decirle quisiere,
delante se lo diré,
à las espaldas jamas,
no han de decir que detras
de San Geronimo hablé.
Vuestras penas declaradas,
no diga el Santo quejoso,
que por ser tan poderoso,

le murmuro a las espaldas.

Fel. Puesto que queréis que aquí
hablemos, decid, no fuisteis
vos el que anoche venisteis
à esta casa? Rod. Señor sí,
y nunca hubiera venido.

Fel. Hay mas rigurosa pena!

Rod. Pues me costó una cadena
la visita. Fel. Cierto ha sido
mi temor, este es sin duda
el que sospechaba yo,
este es del que Inés habló,
ni lo niega, ni lo duda.

Pues yo, Caballero, soy
un hombre. Rod. Sed norabuena.

Fel. Que tiene de veros pena.

Rod. Pues no verme. Fel. Y tal estoy
de colérico, que aquí
palabra me habeis de dar
de no entrar, de no pasar
por esta calle, ò aquí
hoy el uno de los dos
ha de morir. Rod. Si estuviera
en mi mano, yo lo hiciera,
con tal que fuerades vos;
pero yo tengo de entrar,
que no he de dexar perdida
mi hacienda. Fel. Y yo con mi vida
así lo sabré estorbar.

Empuña la espada.

Rod. Detened, señor, la espada,
y mirad que no es razon,
con tan minima ocasion,
dexarla en sangre bañada.
Advertid, que nuestra vida
es una, y tan mal hallada
con nosotros, que enojada,
apenas ve una salida,
quando escapa por allí:
pues es decir (aunque viejo)
que es de ante nuestro pellejo;
con una breva le vi
pasarle, porque se advierta
ser fragiles; y así, os doy
una, y mil palabras hoy
de no llegar à esta puerta;
qué es à esta puerta? à esta calle,
à este barrio, à este quartel;
palabra os doy, como fiel
Catolico, no se halle

Hombre pobre todo es traza.

escrito que me verán,
si esto vuestro amor desea,
en la Parroquia, aunque sea
en la de San Sebastian,
que es bien grande.

Fel. Has procedido,
como villano, cobarde.

Rod. Así moriré mas tarde.

Fel. Pues otra palabra os pido.

Rod. No hay cosa que ya no pueda
vuestro mando entre los dos,
pues no me pedireis vos
cosa, que yo no os conceda.

Imaginad este dia

todo quanto vos quereis;
y esto otorgo, que no habeis
de vencerme en cortesía.

Fel. Y quando no, ciego, y loco
yo os lo hiciera hacer.

Rod. Confieso

si hicierades, que por eso
no hemos de reñir tampoco.

Fel. A estocadas. *Rod.* A estocadas?
son favores, y regalos,
porque yo pensé que á palos,
á coces, y á bofetadas:
que espero, porque os asombre,
procediendo siempre así,
que no han de decir por mí,
aquí mataron á un hombre:
sino aquí como un lebrei
(desta suerte han de decir),
á un hombre hicieron huir,
rueguen al miedo por él.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Diego, y Doña Clara.

Dieg. Por no encontrar un criado,
sin que os avisasen, llego
hasta aquí.

Clar. Señor Don Diego

Oforio? *Dieg.* Bien lo he trazado. *ap.*

Clar. Sabed, que hoy tuve un recado
de Beatriz, la amiga mia,
que aquí estuvo el otro dia,
Don Diego, en que me ha enviado,
para hacer otra, á pedir
que aquesta joya la envíe:
y para que no la fie

de su criada, á decir
me envió que la llevaseis
vos mismo, y que la hora es
aquesta tarde á las tres,
para que en casa la hallaseis;
porque si vos la llevais,
no quede Inés enojada,
viendo que de mi criada
fio mas. *Dieg.* Vos me mandais
cosa, que quien estimára
mi deseo, no la hiciera,
pues zelosa, no quisiera
que á otra Dama visitára;
la que no zela, no diga
que quiere, porque el temor
es una sombra de amor.

Clar. Yo soy de Beatriz amiga,
qué he de temer, ni dudar?

Dieg. El serlo Beatriz tambien,
que de la amiga es de quien
hay menos hoy que fiar.

Clar. Por lo menos, vos fiais
de vos poco en la ocasión,
pues en mi satisfaccion
temor, y rezelos hallais.
Y huelgome de tener
ocasion, en que la ausencia
hoy me sirva de experiencia,
para tocar, y saber
si tengo que agradeceros,
que en la oposicion del dia
es la noche obscura, y fria;
y así, quiero yo poneros
en la ocasion, porque diga
experiencia semejante

la fineza de un amante,
la falsedad de una amiga;
porque el rigor de mi estrella
hoy se conozca en los dos,
viendo lo que tengo en vos,
ó lo que no tengo en ella.

*Dale una joya, vase Doña Clara, y sale
Rodrigo.*

Rod. Dime, si puedo llegar
á hablarte, señor, y puedo
darte dos recados. *Dieg.* Cuyos?

Rod. Uno es mio, y otro ageno.

Dieg. Y qué son? *Rod.* Empezaré
por el mio, que es muy necio
quien tiene propios negocios,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

y hace los de otro primero.
Yo, señor Don Diego, digo
(que para mi eres Don Diego),
que me hagás saber, si soy
criado apócrifo, si tengo
cuerpo fantástico, ó si
soy mortal, y como, y bebo;
porque ya todos los días
en el Filósofo leo

Ni-comedes, y á las noches
en el Concilio Ni-ceno.
Esto es quanto á mi; y en quanto
al liberal huesped nuestro,
dice, señor Don Dionis,
que nos vamos, ó paguemos.

Dieg. Hay mas de irnos, y pagarle?

Rod. Cómo ha de ser sin dineros?
que ya pienso que espiraron
los pasados quatrocientos.

Dieg. Es verdad, pero qué importa?
faltará un arbitrio nuevo
para buscarlos? Rod. En quien
si á todos debes? Dieg. Consejo
de mi padre es; sé el que debes,
me dixó, y soy el que debo,
pero en los mismos que hoy
debo tanto, hallar espero
mas dineros.

Rod. Pues no quieres
que tengan de ti escarmiento?

Dieg. Qué poco sabes! no hay Banco
que esté mas seguro, y cierto,
que aquel que una vez prestó,
pues por no perder aquello
prestado, va dando mas
sobre su mismo dinero:
mas por Dios que nos ha visto
Inés hablando.

Sale Inés.

Rod. Mudemos
la platica: la cadena,
que vos me ganasteis, tengo
de quitar aquesta noche.

Dieg. Allí la tendreis. Rod. El Cielo
os guarde. Vase.

Inés. A grande ventura
haberos hallado tengo,
porque iba á vuestra posada,
y ahorro del camino el medio.

Dieg. Pues qué me quieres, Inés?

Inés. Decidme antes, qué era aquello
que ahora hablabades, señor,
con aquel grande embustero?

Dieg. Yo no le conozco mas,
que aquella noche del juego,
dixome que hoy llevaria
de la cadena el dinero.

Inés. Pleguiera á Dios que él hiciera
ela necedad, que vengo
de la Platería de ver
quanto pesa, y es muy cierto
que es falsa. Dieg. Qué dices?

Inés. Digo
lo que dicen los Plateros.

Dieg. No llegarás quando estaba
aquí? que viven los Cielos,
que le matara, no importa
el interes del dinero,
pues yo le enviaré á Beatriz
esos cien escudos luego,
fino el termino: qué facil
es de engañar (esto es cierto)
un hombre de bien! Inés,
di, por donde fue? que quiero
seguirle. Inés. Escuchame ahora,
que tiempo te queda luego:
dice mi señora, que hoy
á las tres.

Dieg. Aun peor es esto. ap.

Inés. Vayas á casa, que tiene
que hablarte, y que estés muy cierto
á las tres en punto. Dieg. Dile,
Inés, que sus manos bebo,
y iré muy alegre, en ver
que su memoria merezco.

Inés. Quedate con Dios.

Dieg. Quisiera
darte algo, mas no me atrevo,
por no tener una joya
muy buena, mas te prometo:
esto basta, porque soy
muy enemigo de aquellos
que prometen, porque al fin,
da dos voces quien da luego:
véte con Dios. Inés. El te guarde,
que yo otra cosa no quiero.
Ya no dormiré en mi vida, ap.
pensando en qué será esto
que me ha de dar: desta vez
salir de lacería pienso. Vase.
Que-

Hombre pobre todo es trazas.

Queda Don Diego suspenso, y sale Rodrigo.

Rod. Ya se fué, de qué has quedado tan clevado, y suspenso?

Dieg. Ay Rodrigo, dieron fin mis esperanzas, cayeron en tierra las presunciones que levanté sobre el viento:

Beatriz supo mas que yo, y hoy en ocasion me ha puesto, de donde con mis engaños salir vencedor no puedo.

Para su casa me llama hoy à las tres, y ha dispuesto su defengañio tan bien,

que para esta hora ha hecho que Clara me envie à su casa con una joya que llevo:

si voy como Don Dionis, galan suyo, salto luego como Don Diego, galan de Clara, y tendrá por cierto

ser uno solo: si voy con esta joya primero, haréle falta despues,

que es el defengañio mesmo: aconsejame, Rodrigo.

Rod. Si has de tomar mi consejo, contentate con la una, y sea Clara, pues sabemos

que es la que dineros tiene; que entre el amor, y el dinero, si tuviera dos galanes

Beatriz, hiciera lo mesmo.

Dieg. Cómo perderé à Beatriz, si en ella la vida pierdo?

Rod. Pues dexa à Clara. Dieg. Eso no, que aspiro à su casamiento.

Rod. Pues casate con entrambas; aunque yo tengo por alguna, que has de quedar sin alguna.

Sale Don Juan.

Juan. Don Dionis, buscandoos vengo.

Dieg. Pues, Don Juan, qué me mandais?

Juan. Sabed, que un hombre, à quien debo ochocientos reales, hoy me aprieta mucho por ellos: seis dias me da de plazo, y aunque es verdad que yo tengo los quatrocientos aqui

en plata, pediros quiero, que para cumplir con él, me deis otros quatrocientos, pues que teneis una letra de quatro mil. Dieg. Para eso era menester hacerme prevenciones, siendo vuestro todo quanto fuere mio? que os los dé, tened por cierto; mas no podré hasta de hoy en quatro dias, al tiempo que la letra cumple: aqui está Rodrigo, que en esto no me dexará mentir.

Rod. Si dexaré yo por cierto. ap.

Dieg. Yo estaba diciendo ahora, que estoy tambien sin dineros: lo que podemos hacer,

porque nos acomodemos entrambos, es, que me deis ahora esos quatrocientos que traeis, que à los seis dias,

y antes mucho, yo me ofrezco. Don Juan, à que à vuestra casa se os lleven los ochocientos.

Juan. Decis bien, veislos aqui atados en este lienzo.

Rod. Dióle con la Camarguina. ap.

Dieg. Toma, Rodrigo, y con estos paga al huesped, vé gastando, y no te alijas tan presto,

que no desampara Dios à nadie.

Rod. Por se lo tengo; pero si en esta materia desampara à alguno, creo que es Don Juan.

Dieg. De aqui à seis dias hay un fin fin: ahora quiero deciros, Don Juan, que estoy con un grande sentimiento.

Juan. Cómo?

Dieg. Beatriz me ha citado para dos partes à un tiempo.

Juan. Y qué habeis de hacer?

Dieg. No sé; si bien prevenido tengo un engaño, que si sale como le imagino, creo que le habeis de celebrar.

Juan.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Juan. Yo no imagino, ni pienso, que haya industria para hacer que un hombre en un mismo tiempo esté en dos partes, ó en una parte sola con dos cuerpos.

Dieg. No habeis oído decir, que para todo hay remedio? vos teneis un Alguacil

amigo? Juan. Sí, muchos tengo.

Dieg. Pues habeis de hacer que esté esta tarde al mismo tiempo que yo vaya á entrar en casa de Beatriz, yo os diré luego para que fin, quando esteis con él en la calle pueſto.

Juan. Pues qué se configue así?

Dieg. Lo que aquí os toca, es, poneros en la calle, y que esté en ella el Alguacil encubierto, lo demas fabreis despues.

Juan. Mirad, unos pensamientos los mas notables teneis; quien imaginára esto, fino vos? no ví en mi vida tan futil entendimiento. Vase.

Rod. Pues aunque mas le alabeis, no vereis los quatrocientos.

Dieg. Ahora, Rodrigo, entra aquí la cadena.

Rod. Y á qué efecto?

Dieg. Tu has de ir á su casa un poco antes que yo.

Rod. Yo no puedo entrar en su casa. Dieg. Cómo?

Rod. Como hay grande impedimento.

Dieg. De qué fuerte?

Rod. Yo, señor, soy liberal, y no tengo palabra mia.

Dieg. Proſigue.

Rod. Pidiómela un Caballero de que no entre en esa casa, y concedíſela luego, porque, como tengo dicho, soy liberal en estremo.

Dieg. Dexa esas burlas, y acaba.

Rod. Cómo acabar, si ahora empiezo?

Dieg. Que has de ir en casa de Beatriz.

Rod. Qué dirá la ley del duelo, si yo rompo mi palabra,

fiao que el tal Caballero me rompa á mi la cabeza?

Dieg. Vamos, iréte diciendo lo que has de hacer: si esta vez con industria, y arte venzo amor, ingenio, y muger; en la ocaſion que me ha pueſto, no habrá que temer á amor, pues ſeguramente puedo atreverme á conſeguir en dos divinos ſugetos belleza, y hacienda, guſto, è interes, honra, y provecho. Vanſe.

Salen á la ventana Beatriz, y Inés.

Beat. Inés, no me han ſufrido mis zelos, que temores me previenen, dexar de haber ſalido á la ventana, á ver si acaſo vienen Don Dionis, y Don Diego, que al templo así del deſengaño llego.

Sale Rodrigo.

Rod. Bien sé que yo no puedo eſcapar, coſa es clara, con bien deſta aventura, yo tomára en paz, de buen partido, media cabeza abierta: á la ventana Beatriz eſtá, atrevido quiero llegar, pero de mala gana, á empezar lo tratado: ſaqueme Dios de comico criado. Porque no penseis, ſeñora Doña Beatriz, que paſando por eſta calle, y mirando en eſa reja al aurora, puedo inadvertido yo huir el roſtro, no haber hecho haſta ahora traer el dinero, en que quedó empeñada la cadena, llego á hablaros, el intento diſculpe mi atrevimiento.

Beat. La diſculpa fuera buena, á no haberſe ya ſabido el engaño, Caballero, del oro, pero no quiero que de mi hayais preſumido que eſo me pudo tener quejoſa: lo que ahora os ruego, es, que el pueſto dexeis luego, porque no os acierte á ver

Hombre pobre todo es trazas.

aquí el Caballero, à quien se hizo entonces el engaño, porque ningun hombre en daño de su opinion sufre bien demasias, y no fuera bien que à mi puerta os hallára, donde de ofensa tan clara satisfacerse quisiera; que sé os anda buscando con solo este fin: y así, os pido que os vais de aquí; porque puede venir. *Rod.* Quando ese Caballero venga sabré con cuerdas razones dar tantas satisfacciones, que por disculpado tenga el engaño; y si no fuere bastante mi cortesía, y con mayor gallardia satisfacerse quisiere, sabré remitir, es llano, culpa tan averiguada desde la lengua à la espada, desde la voz à la mano. Y mal hicisteis, por Dios, en decirme que me fuera, si eso quereis, pues lo hiciera, à no mandarmelo vos, que amenazado, no puedo en todo hoy irme de aquí, porque no penséis de mi que puede ausentarme el miedo: venga ese galan, à ver si executa en mi presencia quanto os prometió en ausencia: aunque me llega à tener grande ventaja, si os ama, y le mirais esta tarde; porque nadie fue cobarde à los ojos de la Dama.

Sale Don Diego.

Dieg. Todo queda prevenido para mi engaño feliz, y estar ahora Beatriz aquí, gran ventura ha sido. A mi el parabien me doy de haberos hallado aquí, adonde sepais de mi, Caballero. *Beat.* Muerta estoy. *Dieg.* Que no estoy hecho à sufrir

(dexo à parte el interes) sinrazon, que ofensa es.

Beat. Quanto llegó à prevenir mi temor, ha sucedido.

Inés. Si riñen, no pienso dar por un Reyno este lugar.

Rod. Vos, señor, habeis venido en ocasion, que aunque yo satisfaceros quisiera, por mi opinion no lo hiciera, porque ningun hombre dió satisfaccion que se pide delante de una muger; y así, ved como ha de ser.

Dieg. Quando igual en mi se mide la razon, y el valor, no es justo que blasfeméis, ni quiero que vos me deis satisfacciones, que yo puedo tomar: Perdonad, Beatriz, si pierdo indiscreto à vuestra casa el respeto: la espada, hidalgo, sacad, que de esta fuerte pretendo castigar engaños, no satisfaceros. *Rod.* Y yo desta suerte me desiendo.

Sacan las espadas, y riñen.

Beat. No me ha dexado el temor aliento. *Inés.* Qué gusto ofrece!

Rod. Tira quedo, que parece que va de veras, señor.

Dieg. Cobarde, así tu malicia mi espada ha de castigar.

Rod. Eso es tirar à matar.

Sale un Alguacil, y gente.

Alg. Favor aquí à la justicia.

Rod. Lo que me toca es huir ap.
(muerto soy), aquesto haré muy propiamente, porque tengo poco que fingir. Vase.

Alg. Deteneos al Rey, y dadme la espada. *Dieg.* La espada no, porque un hombre como yo no la ha de entregar, llevadme con ella donde gustéis, que yo no resisto aquí el ir preso, solo así resisto que me lleveis sin espada, pues es cierto

De Don Pedro Calderon de la Barca.

que yo no tengo de hacer
resistencia, por haber
à un hombre tan baxo muerto:
mi palabra bastará,
si digo que preso voy.

Vanse.

Beat. Ay Inés, temblando estoy;
baxa, y mira donde va
preso Don Dionis (ay Cielos!)
yo tuviera por mejor,
que no hubiera hecho mi amor
esta experiencia de zelos.

*Quitanse de la ventana, y salen Don Fe-
lix, y Leonelo.*

Leon. Cuchilladas à la puerta
de Beatriz? qué puede ser?

Fel. Poco me da que temer
el tener por cosa cierta
que su galán no sería,
que es en estremo cobarde.

Leon. No hay hombre que no haga alarde
del esfuerço, y valentia,
quando su Dama le ve:
llenas están las historias
de mil sangrientas vitorias
que dió el amor. *Fel.* Ya yo sé
que hay exemplos diferentes
de muchos hombres famosos,
que siendo muy temerosos,
el amor hizo valientes.

Leon. Inés viene aquí, y podrás
della saber lo que es.

Sale Inés con manto.

Fel. Dime por tu vida, Inés,
qué es esto?

Inés. Tu lo sabrás:

Don Dionis, el forastero,
de quien otra vez hablé
contigo, no sé porque
riñó con un Caballero:
llevanle preso, y yo vengo
de seguirle adonde va,
y supe que en casa está
de un Alguacil. *Fel.* Y yo tengo
mayor confusión de oír
tus razones: quando fué,

Salen Beatriz, y Inés.

Beat. Donde llevaron preso
à Don Dionis, Inés? triste suceso
de mi fortuna escasa!

Inés. Yo les seguí, señora, hasta una casa,

D 2

quando yo conmigo hablé
de Don Dionis? *Inés.* Desmentir
quieres mi voz, siendo yo
quien por templar los rigores
de tus zelos, los amores
de Don Dionis te conté?
qué esto olvidarse pudiese!

Fel. No lo olvidé; pero allí
otro galán entendí
que el favorecido fuese,
porque en la cadena yo
causa hallé de sospechar.

Inés. Y no la pudo ganar
quien à Beatriz se la dió?

Leon. Desafortunado, ya es forzoso
que ardamos à un mismo fuego,
yo zeloso de Don Diego,
vos de Don Dionis zeloso:
siendo cierto que uno ha sido
con dos nombres, yo le hablé
en casa de Clara. *Inés.* Fué
un engaño, en que han caído
muchas personas, al verlos
esta confusión padecen;
tanto, que no hay conocerlos.

Leon. No me puedo yo engañar
tanto, Inés, que allí creyese,
que Don Dionis mismo fuese.

Inés. Pues esto puede faltar,
si yo lo he visto, y lo sé?
la verdad es la que digo.

Vase.

Fel. Ahora bien, venid conmigo,
que aunque esté preso, hoy sabré
quien es, pues de dos quejosos
juntos, no se ha de escapar,
pues quando quiera negar
con engaños cautelosos
ser el que me ofende à mí,
no podrá negar que ha sido
el que à vos os ha ofendido,
y convenciendole así,
sabremos si es uno, ò dos,
riñendo, como advertis,
conmigo, si es Don Dionis;
y si es Don Diego, con vos. *Vanse.*

que

Hombre pobre todo es trazas.

que me dixeran que era
del Alguacil, y en ella, aunque quisiera,
no pude hablarle, ò verle,
que pusieron cuidado en esconderle:
porque todos, señora, de una fuerte
decian que dexaba hecha una muerte:
y aun no faltó quien dixo,
que él habia visto al muerto. *Beat.* Ya me asijo
con mayor causa, Cielos,
ò nunca exâminára yo mis zelos!
ò nunca le dixera,
que à tal hora à esta casa, Inés, viniera,
pues su disgusto hubiera así escusado,
y no me hubiera yo defengañado;
pues ya es hora, y no viene
Don Diego Osorio. *Inés.* Dime tu, quien tiene
el reloj tan atento,
que un instante no mienta, ò un momento?
Las tres dieron ahora:
aun no tarda.

Lllaman dentro, vase Inés, y vuelve à salir con Don Diego, que trae otro vestido.

Beat. Llamaron? *Inés.* Sí señora,
tu defengañio tiene
efecto. *Beat.* Cómo, Inés? *Inés.* Don Diego viene.

Dieg. Hasta aquí felizmente ha sucedido, ap.
pues preso me imagina, y el vestido
en algo disfrazado,
mejor color à mi fortuna ha dado.

Beat. Inés? *Inés.* Señora? *Beat.* Ay triste!
Don Dionis está preso. *Inés.* Tu le viste
llevar. *Beat.* Así es verdad, ya de otra fuerte
hoy mi discurso la razon advierte,
pues que conozeo, quando à verle llego,
que aquél es Don Dionis, y este Don Diego.

Dieg. La bellissima Clara,
con cuya luz es la del Sol avara,
Beatriz hermosa, os besa
la mano, y obligada se confiesa
à tu feliz fortuna,
por pensar que la dió ocasion alguna
en que ferviros pueda;
y en tanto que ella agradecida os queda,
esta joya os envia,
cuyos diamantes son hijos del dia:
y dice, que si ha sido
la joya tan feliz, que ha merecido
agradaros, no hagais otra tan bella,
pues os podcis servir desde hoy con ella.

Beat. No sé que responderos,

De Don Pedro Calderon de la Barca.

pues no se lo que debo agradeceros,
ò el haber vos venido
à honrar mi casa así, ò el haber sido
enviado de Clara;

pero si en todo mi afieion repara,
por todo os agradezco
esta dicha, y honor que no merezco.

Inés. Qué te parece? *Beat.* Estoyle, *Inés*, mirando *ap.*
de espacio, y voyme así defengañando,
porque aunque es parecido,
no es tanto como habia yo aprehendido,
que este mil cosas tiene,
en que con Don Dionis no se conviene.

Inés. No fué la luz mas clara.

Beat. Y cómo está, Don Diego, Doña Clara?

Dieg. Para ferviros, tiene
salud: grandes rezelos me previene *ap.*
la atencion al mirarme,
mucho haré, vive Dios, en no turbarme.

Beat. Curiosidad es esta, no cuidado,
estais de Clara muy enamorado?

Dieg. Cómo negar pudiera
cosa, que confesarla me estuviera
tan bien? yo à Clara quiero
con firme amor, constante, y verdadero;
tanto, sin fer la lengua lisonjera,
como merece Clara, que la quiera;
con esto, à decir llevo,
que es mucho. *Beat.* Bien está, señor Don Diego.

Inés. De qué te has ofendido?
no es tu galan, aunque es su parecido.

Beat. No, ni aquestos desvelos
son mis zelos, parecense à mis zelos.

Dieg. Deste enojo el remedio es la ausencia,
por no cansaros mas, dadme licencia.

Beat. Vos la teneis, decid quanto he estimado
à Doña Clara tan galan criado;
que yo estimo la joya, aunque no aceto
tan generoso termino, y discreto,
y à vos os guarde el Cielo.

Dieg. Besoos las manos: con mayor rezelo *ap.*
de mi visita queda,
no hay quien à una muger burlar no pueda.
Damas las mas discretas, y entendidas,
criticas, presumidas,
las de mas arte, ingenio, industria, y maña;
quien no quiere engañaros, no os engaña.

Inés. Ya cesaron tus enojos.

Beat. Pues no habian de cesar,
si llevo à considerar

cómo se engañan los ojos?

Sale Isabel con manto.

Qué hay Isabel? *Isab.* Mi señora
dice,

Vase.

Hombre pobre todo es trazas.

dice, que si quieres ir hácia el Prado, à divertir tus pensamientos, que ahora ella vendrá por aquí en el coche. *Beat.* Di que espero muy gustosa, porque quiero contarla un caso, que à mi me ha sucedido. *Isab.* Pues luego vendrá.

Beat. Dame, Inés, el manto, que hoy salimos deste encanto: valgate Dios por Don Diego.

Vanse, y salen Don Felix, y Leonelo, y por otra parte Don Diego, Don Juan, y Rodrigo.

Fel. En todo el lugar no ha habido ni aun noticia de tal preso.

Leon. Yo no entiendo este suceso como tan secreto ha sido.

Juan. En fin sucedió muy bien.

Rod. La parte que me tocó, lindamente fingi yo.

Fel. No es aquel, Leonelo, à quien vamos buscando yo, y vos?

Leon. Sí, pues cómo vos decís, ù Don Diego, ù Don Dionis, mal del uno de los dos.

puede escapar. *Fel.* Pues yo llevo à hablarle; quedaos aquí,

que si no me toca à mi, podeis declararos luego.

Caballero.

Llega à ellos, y Rodrigo empuña la espada.

Rod. Yo he cumplido mi palabra, y vive Dios.

Fel. Yo no hablo, hidalgo, con vos, ni ya esa palabra os pido.

Di.g. Pues con quien? *Fel.* A vos, señor, en el campo hablaros quiero.

Rod. Es aqueste Caballero el Infante Vengador,

que temerario, y terrible à todos los desafía?

así la guarda sería de la Puente de Mantible.

Di.g. Pues guíad donde elegis que os siga.

Juan. Si vos venís con ese hidalgo, los dos los sigamos.

Leon. Bien decís.

Vanse.

Rod. Para qué? con prometerle, mientras su locura pasa, de no entrar en esta casa, podreis hoy satisfacerle, como yo hice, vosotros, mientras que con faria vana desafie à otros mañana, y se olvide de nosotros.

Vase.

Salen Beatriz, Clara, Isabel, y Inés con mantos.

Clar. Di que se retire el coche, en tanto que aquí apartadas, con mas libertad gozamos de las lisonjas del aura.

Beat. Por lo menos no serémos tan conocidas, y agrada mas el campo, quando en él un rato se vive, y anda.

Clar. Aquí puedes proseguir ahora la comenzada historia: qué se parecen nuestros galanes! *Beat.* Con tanta perfeccion, que he presumido, Clara amiga, que la sábia Naturaleza, perdiendo las excelencias de varia, ù olvidada de sí misma, segunda vez se retrata, copiando en uno, y en otro el exemplar de una estampa: yo no lo creí hasta hoy, que el verlos me desengañó à uno preso, y à otro libre; que esta sola fué la causa de decir que me enviases aquella joya prestada.

Clar. Cosas notables me cuentas.

Isés. Mucha gente viene.

Beat. Aguarda, que hácia esta parte parece que personas retiradas se encaminan.

Clar. Y entre ellos, si la vista no me engaña, viene Don Diego. *Beat.* El será, porque el otro cosa es clara que está preso.

Clar. Con él viene Leonelo. *Beat.* Y los acompaña Felix, y Don Juan, y el otro, Inés, de las cuchilladas

desta

De Don Pedro Calderon de la Barca.

de esta tarde. *Inés.* Cómo está tan sano, si me afirmaban muchos, que quedaba muerto?

Beat. Pues no han venido sin causa.

Clar. Qué haremos, que si nos ven, no querrán decirnos nada?

Beat. Lo mejor es escondernos detras destas rotas tapias.

Escondense las dos Damas detras del paño.

Inés. Esteril Poeta es este, pues en un campo le falta yedra, jazmin, ò arrayan, para esconder unas Damas.

Isab. No ves que estamos detras de San Geronimo, y basta que finja tapias? y aun esas plegue al Cielo que las haya.

Escondense las criadas donde están sus amas, y salen Don Diego, Don Felix, Don Juan, Leonelo, y Rodrigo.

Fel. Retírese ahora el uno de los dos que os acompañan, y quedaremos iguales.

Dieg. Yo remito la ventaja, vuélvete, Rodrigo, tu al lugar. *Rod.* De buena gana: con todo eso, desde aquí tengo de ver en que pára.

Escondese Rodrigo hácia otro lado.

Fel. Ahora, para saber con quien riño, pues se hallan en vos uno de dos nombres, decid, quien fois?

Dieg. Temeraria acción ha sido sacarme al campo, con ignorancia, dudando: sino sabeis quien yo soy, cómo con tanta satisfaccion me llamasteis? yo soy el que soy, y basta haber al campo salido para reñir. *Fel.* Tengo causa, siendo qualquiera persona de las dos que fingis, para hacer esto; y así, quiero saber qual fois.

Dieg. Porque haga mi lengua ahora, y despues mi acero igual la venganza, digo que yo soy Don Diego

Olorio, y soy de Granada.

Leon. Pues à mi me toca ahora el reñir, Felix aparta: yo soy quien habrá dos años que he servido à Doña Clara, y siendo Don Diego vos, como habeis dicho, me agravia vuestra pretension; y así, viene à ser mia esta causa.

Dieg. Pues escuchadme, supuesto que habeis querido que haga esta prevencion, que luego dirán lo demas las armas: Vine de Granada aquí, por disgustos que disfrazan mi nombre, esta es la razon porque en la Corte me llaman conuamente Don Dionis Vela.

Acometele Don Felix.

Fel. Pues, Leonelo, aparta, porque siendo Don Dionis, viene à ser mia esta causa.

Dieg. Escuchadme, pues, los dos, de una vez dexando tantas disensiones, hasta que diga verdades mas claras; porque un hombre principal puede mentir con las Damas, que engañarlas con industria, es mas buen gusto, que infamia; y los mayores señores lo suelen tener por gala, pero con los hombres no; y así, ahora en la campaña, digo que soy Don Dionis, y Don Diego, y que con trazas de hombre pobre, he pretendido juntas à Beatriz, y à Clara; à esta por su hacienda, à aquella por su hermosura, y su gracia: si bien, con tanto respeto à las dos, que mi esperanza no se atrevió, ni aun à solo un atomo de su fama: abreviad, quien ha de ser quien antes se satisfaga de mi, pues tengo à las dos quejosas? que aquí os aguarda el valor, que ya remito

Hombre pobre todo es trazas.

desde la lengua à la espada.

Fel. Yo feré el primero que castigue vuestra arrogancia.

Leon. Eso no, que yo he de fer.

Quieren acometerse, y salen Beatriz, y su criada.

Beat. Aparta, Felix, aparta, Leonelo, porque tambien viene à ser mia esta causa:

yo, Don Felix, he de ser

quien antes se satisfaga,

pues me traxo mi ventura,

adonde defengañada,

premio tu amor con mi mano,

y castigo su ignorancia,

para que vea quan poco

le aprovecharon sus trazas;

y cuenta de aquesta suerte,

quando volviere à Granada,

si el engañar à mugeres

se tiene en Madrid por gala.

Fel. Leonelo, reñid ahora

vos, libre está la campaña,

que yo estoy ya satisfecho

de mis zelos, y mis ansias.

Vase Don Felix, Beatriz, y su criada.

Dieg. Por lo menos, si he perdido

su hermosura soberana,

las esperanzas me quedan

de no haber perdido en Clara

la riqueza.

Leon. Yo que estimo

mas su virtud, y su fama,

lo estorbaré.

Vuelven à acometerse, y sale Clara,

y su criada.

Clar. Ahora me toca

à mi el defender mi causa;

porque veais que no son

mas seguras esperanzas;

esta es, Leonelo, mi mano,

que à vuestro amor obligada,

debo toda esta fineza:

ved si el mentir con las Damas,

y engañarlas con ingenio

es mas buen gusto, que infamia.

Leon. Si es forzoso que el efecto

cese en cesando la causa,

mi desafio acabó,

libre os queda la campaña.

Vanse Leonelo, Clara, y su criada.

Juan. Corrido estoy, vive Dios,

de considerar que haya

valido yo sus engaños,

siendo tantos, que me alcanzan

à mi tambien, hasta ahora

no conocí mi ignorancia.

Vase Don Juan, y sale Rodrigo de donde

estaba escondido.

Rod. Buenos habemos quedado,

aquí no hay otra esperanza,

ni otro remedio, señor,

sino el de facar las dagas,

y los dos, desesperados,

andar aquí à puñaladas:

de qué, di, te habrá servido

ser el hombre pobre trazas,

si al fin te dexamos todos?

Vase Rodrigo.

Dieg. De mucho, si en ellas halla

defengaños el que es cuerdo,

mirando en mi castigadas

estas costumbres, porque

escarmentando en mis faltas,

perdonen las del Autor,

que con mayor esperanza

hoy à serviros empieza

donde la Comedia acaba.

FIN.

Con licencia. BARCELONA: En la Imprenta de FRANCISCO SURTÁ.

Año de 1763.

Vendose en su Casa, calle de la Paja; y en la de Carlos Sapera, calle de la Librería.